

Luis Perales Navas

El juego de los Juegos

Bien organizados y gestionados, los Juegos Olímpicos pueden ser un excelente motor de desarrollo. Pero no sirven para resolver problemas políticos

Esperar que los Juegos Olímpicos puedan cambiar fundamentalmente un país, su sistema político o sus leyes, es una expectativa completamente exagerada. Los Juegos Olímpicos no pueden resolver problemas que generaciones de políticos no han resuelto». Estas afirmaciones, que en España pasaron totalmente desapercibidas, fueron hechas por Thomas Bach, presidente del Comité Olímpico Internacional, el pasado mes de diciembre a la agencia de noticias alemana DPA y recogidas, entre otros medios, por el portal especializado en el movimiento olímpico Around the Rings.

Durante los últimos meses, en España asistimos a un debate acerca de la posible candidatura a organizar los Juegos Olímpicos de Invierno en 2030. Públicamente, la intención del Gobierno de España es construir un proyecto de país que incluya en términos de igualdad a Aragón y Cataluña. A nadie se le escapa el entorno político en el que ha de construirse ese modelo, con un Gobierno de Cataluña que tiene como principal objetivo lograr la independencia de esa comunidad autónoma y utilizar los Juegos «para construir país». La afirmación de la consejera de Presidencia de la Generalitat, Laura Vilagrà, no deja lugar a dudas del objetivo del proyecto.

Aunque los espectadores y gran parte de los medios lo vean de otra manera, organizar unos Juegos Olímpicos es mucho más que organizar una serie de competiciones deportivas en quince días. «Además de todo, hay deporte», solemos decir los que trabajamos en ello. Un buen modelo organizativo y una buena ges-

do la idea de acogerlos. Ser anfitrión de unos Juegos ya no se ve unánimemente como un privilegio. Para cuidar y proteger los Juegos, el Comité Olímpico Internacional ha cambiado el sistema de selección de sedes y ha puesto en marcha un procedimiento que contribuya a un mejor conocimiento de cómo organizarlos sin riesgos, sostenibles y con éxito. Los Juegos Olímpicos son un producto tan importante que no pueden dejarse al albur de riesgos in-

necesarios que perjudiquen su organización, su imagen, al interés de los ciudadanos y patrocinadores y a su propio futuro.

Se pone mucho en juego al otorgárselos a una ciudad o país.

Aragón ha demostrado históricamente su interés en organizar unos Juegos. Con mayor o menor fortuna, se han presentado varios proyectos que nunca alcanzaron el objetivo. España es un país con escasa cultura de deportes de invierno a los que, popularmente,

solo se vincula con el esquí alpino, algo de snowboard y algún patinador. Sin embargo, no hay que olvidar que los Juegos de invierno son una mezcla de deportes de nieve y de hielo donde montaña y ciudad han de convivir. Tienen, además, una serie de disciplinas que requieren de costosas infraestructuras de dudosa rentabilidad posterior.

Para competir con posibilidades contra los excelentes proyectos que defienden Sapporo (Japón) y Salt Lake City (Estados Unidos) y para compensar el escaso peso deportivo en el ámbito invernal, España debería preparar un modelo de Juegos que alcance la excelencia y diseñar un programa de impulso deportivo muy ambicioso. Sin embargo, cuando las premisas son exclusivamente políticas todo lo demás se contamina.

Personalmente, he tenido el privilegio de participar en varias de las candidaturas aragonesas y compartir experiencias con algunos de los principales especialistas internacionales con los que visitamos escenarios potencialmente olímpicos. Algunos de estos escenarios, muy exigentes y poco conocidos, merecieron elogios sinceros de dichos especialistas. Son diamantes en bruto que unos Juegos podrían ayudar a pulir.

En todos los procesos de candidatura confluyen dos tipos de mensajes: los destinados a los conflictos y audiencias locales y los destinados al exterior. Rara vez coinciden. Pero no hay que olvidar que, aunque la situación interna influye, el que decide es el que está fuera. Y, en este momento de la historia, los Juegos son frágiles y buscan y necesitan reivindicar su importancia.

José Badal Nicolás, catedrático emérito de la Universidad de Zaragoza

Desprecio del ofendido

Los hechos a los que me voy a referir no son (por desgracia) práctica común de un banco en particular, sino que suceden a diario en muchas sucursales de entidades bancarias, cuyo negocio consiste en realizar operaciones financieras con el dinero proveniente de sus accionistas, pero también de los depósitos y cuentas a la vista de sus clientes. Son hechos lamentables que, en el mejor de los casos, revelan la incompreensión, por parte de los responsables últimos de estas empresas, de las dificultades reales por las que pasan muchas personas mayores a la hora de efectuar alguna operación a través de la oficina en donde tienen sus ahorros o reciben su pensión. Pero estoy convencido de que son la triste consecuencia del afán desmedido por obtener cuantos más beneficios mejor y engordar la cuenta de resultados de la empresa, a costa de un menor número de oficinas y de una importante reducción de personal y en perjuicio de una atención más cercana o amable al cliente.

Yo cursé el primer curso en la universidad, el curso selectivo (qué cosas, selectivo, si explicara esto a las nuevas generaciones podrían desmayarse), cuando to-

davía se manejaban las tablas de logaritmos. Muy pocos años después aparecieron las primeras maquinillas calculadoras, que ya permitían extraer una raíz cuadrada o calcular un arco-tangente. Mi actividad profesional me ha llevado, claro está, a utilizar continuamente el ordenador para procesar millones de datos y encontrar soluciones aproximadas de ecuaciones complejas. Pero el periplo vital de otras personas de mi edad ha sido muy distinto y no han tenido necesidad de ir más allá de la máquina de escribir y ni aun eso. ¿Las ignoramos? ¿Las dejamos a su suerte?

Lejos de comprender la inseguridad y la embarazosa situación en la que con harta frecuencia se topan nuestros mayores a la hora de hacer un simple abono o una

transferencia 'on-line', por su falta de instrucción o simplemente por no disponer de la herramienta necesaria, se les obliga a acudir a la ventanilla (normalmente a la única ventanilla tras la que hay un ser humano) y a guardar cola, de pie, durante un interminable rato, para luego decirles, con total falta de piedad, que deben dirigirse hacia una máquina (ya en la calle) para sacar su dinero o para realizar la operación que desean. El círculo vicioso; la pescadilla que se muerde la cola; la indefensión; el desamparo. Total ausencia de urbanidad o respeto ante alguien que, por razón de edad, o porque la vida le ha hurtado los conocimientos necesarios mientras se dejaba la piel para que la siguiente generación lo tuviese todo más fácil, no ha tenido tiempo

ni ocasión de incorporarse a la revolución digital, al mundo de la informática, al uso del ordenador. Haciendo gala de la mayor de las miserias, se les obsequia con muestras de falta de aprecio y aun con desdén. El DRAE tipifica esto como 'desprecio del ofendido': circunstancia que puede ser agravante, motivada por la dignidad, edad o sexo de la víctima.

No creo que sea tan difícil entender que, a la velocidad a la que ahora se suceden las innovaciones tecnológicas, muchas personas son incapaces de desenvolverse delante de un teclado y una pantalla; sencillamente, porque provienen de un mundo analógico y atesoran conocimientos adquiridos hace muchos lustros, cuando la educación discurría